

La filosofía y la educación

Juan Antonio Castañeda Arellano

Una filosofía nómada describe la vida de los seres humanos en un presente que bordea el abismo y ante el que se abre la encrucijada de una nueva sensibilidad y una nueva sabiduría caracterizada por el talante abierto del nómada.

Rafael Argullol

Nadie conoce realmente más de lo que ha comprendido. Y, para comprender, es necesario que haya recibido una explicación, que la palabra del maestro haya roto el mutismo de la materia enseñada. La lógica de la explicación implica, de este modo, el principio de una regresión al infinito: la reproducción de las razones no tiene por qué detenerse nunca.

Lo que le falta al padre de familia, lo que le falta a la tríada que forma con el niño y el libro, es ese arte singular del explicador: el arte de la distancia. Los teóricos señalan que el secreto del maestro reside en saber reconocer la distancia entre el material enseñado y el sujeto a instruir, así como la que existe entre aprender y comprender. El explicador es quien establece y suprime la distancia, quien la despliega y la reabsorbe en el seno de su palabra.

Antes de ser el acto del pedagogo, la explicación es el mito de la pedagogía, la parábola de un mundo dividido en espíritus sabios e ignorantes, maduros e inmaduros, capaces e incapaces, inteligentes y estúpidos. La trampa del explicador consiste en este doble gesto inaugural. Por un lado, es él quien decreta el comienzo absoluto: sólo ahora comenzará el acto de aprender.

El mito pedagógico, decíamos, divide el mundo en dos. Pero es necesario decir más precisamente que divide la inteligencia en dos. Lo que afirma es que existe una inteligencia inferior y una inteligencia superior. La primera registra al azar las percepciones, retiene, interpreta y repite empíricamente, en el estrecho círculo de las costumbres y de las necesidades. Esa es la inteligencia del niño pequeño y del hombre. Del pueblo. La segunda conoce las cosas a través de la razón, procede por método, de lo simple a lo complejo, de la parte al todo. Es ella la que permite al maestro transmitir sus conocimientos, adaptándolos a las capacidades intelectuales del alumno, y la que permite comprobar que el alumno comprende bien lo que ha aprendido. Tal es el principio de la explicación. Tal será, en adelante, para el pedagogo Jacotot el principio del atontamiento... un

progreso hacia el atontamiento. El atontamiento existe cuando una inteligencia está subordinada a otra... La vía rápida no es la de una pedagogía mejor: es otra, la de la libertad... es necesario que les enseñe que no tengo nada que enseñarles.

Vivir exige actuar, y toda acción exige un plan, unas mediaciones y razones académicas específicas. “La reflexión es necesariamente interpretación: la filosofía reflexiva es necesariamente hermenéutica” (Paul Ricoeur)

El ejercicio filosófico es, como su nombre lo indica, una actividad reglada, ordenada y compleja, que tiene como fin un desarrollo y una formación, y que descansa sobre cierto número de reglas o convenciones.

Hacer un trabajo filosófico implica, ante todo, plantear una serie de preguntas ordenadas, inmanentes al tema y no repetir las. Esta regla tiene sus raíces en el acto de nacimiento de la propia filosofía. Todo ejercicio o cuestionamiento filosófico debe desembocar en una cuestión sobre la cuestión, absolutamente esencial. Problematizar es remontarse desde un conjunto de preguntas ordenadas hasta el problema constitutivo del tema; es vincular el cuestionamiento filosófico no con una dificultad puntual y provisoria, sino con un enigma fundamental que esclarece el conjunto conceptual que se está abordando; es despejar el corazón mismo de una interrogación y de un cuestionamiento ordenado.

Ver la pregunta tras el enunciado, la interrogación bajo la afirmación, la dificultad bajo la aparente evidencia, ya es filosofar. ¿De qué se trata? Se trata de transformar el dato o el enunciado aparentemente afirmativo o dogmático en interrogante o pregunta. En filosofía, como sabemos, la pregunta, en cierto modo, importa más que la respuesta.

La filosofía consiste siempre en inventar conceptos. Tiene una función que sigue siendo plenamente actual: crear conceptos. El concepto es lo que impide que el pensamiento sea una simple opinión, un parecer, una discusión o charlatanería. La filosofía es una ciencia de los problemas irresolubles o, al menos, de problemas no

resueltos, como decía Bruschvicg.

Los problemas filosóficos nunca se resuelven completamente, sino que se transforman y se reestructuran. ¿Pero qué significa esta movilidad? Debe remitir, en profundidad, a la movilidad del pensamiento, a la producción de conceptos que se generan naturalmente unos a otros. La problemática puede definirse como el arte y la ciencia de revelar el problema filosófico y, luego, intentar resolverlo.

Es necesario pasar de la pregunta al problema, porque no se puede responder a la pregunta sin responder el problema filosófico. Este último designa una aporía, (una aporía significa, en griego, significa un atolladero o una incertidumbre, especialmente en una investigación o discusión que se nos presenta y que no podríamos evitar), una dificultad fundamental, una cuestión de la cuestión que la pregunta inicial sugiere o reclama.

Para llegar al problema, es preciso utilizar un método que consiste en cuestionar la pregunta, en establecer un cuestionamiento, un juego de preguntas organizadas, cuyo análisis del tema constituye el punto de partida. Problema, cuestionamiento, asunto en juego y planteamiento representan los cuatro elementos específicos internos a la problemática filosófica.

El primer elemento fundamental está representado por una serie de preguntas organizadas o cuestionamientos. El problema designa la cuestión de la cuestión, la aporía fundamental que da unidad a todas las evidencias; no solo la pregunta difícil, sino también la impensable, que, en buena lógica, no podría resolverse por completo: el misterio y el enigma inherentes al enunciado. Así, el juego de preguntas organizado revela la existencia de preguntas que interrogan al tema mismo, poniéndolo en tela de juicio, preguntas embarazosas.

La resolución prudente, no dogmática y bien sopesada del problema constituye el camino real de la reflexión filosófica, que organiza la disertación, al igual que rige el comentario de texto, en el seno de una verdadera estrategia.

Mientras que la ciencia tiende a resolver el problema y, de esta forma, dejarlo a un lado, la filosofía sólo puede disipar ciertas oscuridades, organizar un desarrollo más claro que el orden habitual en que se presentan las cuestiones, alejarse de los prejuicios o prevenciones, y sustituir la ilusión sensible o la opinión por una racionalidad conceptual. Sin embargo, ninguna problemática filosófica podría disgregar completamente uno o varios problemas. El problema designa la cuestión sobre la cuestión, el misterio o la paradoja de la misma.

Existen dos ejercicios fundamentales que permiten acceder al trabajo de reflexión filosófica y desarrollarlo con rigor: la disertación y el comentario de texto. ¿De qué se

trata en estos dos casos? De atreverse a pensar, de sostener una reflexión autónoma y personal. Una reflexión personal, argumentada, coherente y dinámica, una capacidad para calibrar el núcleo del asunto en cuestión o del texto, comentarlo y ofrecer una conclusión. Esto implica un método de lectura, principios de una lectura filosófica activa, dinámica e inventiva: saber adentrarse, de manera pertinente, en un libro y captar con claridad su sustancia.

Para aprender a filosofar de este modo, sería necesario que en el sistema de enseñanza se trabajara mediante dos tipos de ejercicios: la disertación y el comentario, aplicando un método. Entiendo este como un conjunto de procesos razonados y racionales que permiten llegar a un fin. La noción de método, lejos de estar aislada en la esfera teórica, se confunde, de hecho, con toda la organización de la existencia, en tanto está modelada por el trabajo del espíritu y de la inteligencia. No hay existencia, práctica o trabajo que no exija ni requiera un camino hacia algo, es decir, un método.

Practicar el método filosófico es, ante todo, conducir bien la razón y el pensamiento mediante algunas reglas fundamentales. La primera regla sería proceder determinando los límites de todo objeto de pensamiento y de todo concepto esencial: la regla del orden. Realizar un buen ejercicio filosófico implica proceder según el orden, yendo de lo más simple a lo más complejo. La regla de la síntesis esclarece la del análisis. ¿De dónde proviene el rigor y la luz del orden? De la unidad de la idea que organiza todo desarrollo y todo ejercicio filosófico. Esta idea proporciona, en cierto modo, el esqueleto filosófico del conjunto: unifica, totaliza y sintetiza.

Referencias

- Argullol, R. (2000). *Aventura. Una filosofía nómada*. Barcelona. Plaza Janes.
- Jacqueline, R. (2001). *Los métodos en filosofía*. Madrid. Síntesis.
- Jacques, R. (2002). *El maestro ignorante*. Barcelona. Laertes.